

Recibido: 20.11.2008
Aceptado: 29.12.2008

PRÁCTICAS ASTROLÓGICAS EN BIZANCIO DURANTE LA ÉPOCA ICONOCLASTA: LA FIGURA DE LEÓN EL FILÓSOFO¹

RESUMEN: En este artículo pretendemos ofrecer una visión general sobre el cultivo, práctica y transmisión de la astrología en el Imperio Bizantino durante la época iconoclasta (siglos VIII-IX). En ese sentido, nos centraremos en el estudio de la vida y obra de León el Filósofo, gran aficionado a las prácticas adivinatorias y astrológicas, así como figura decisiva en el devenir cultural de dicho periodo.

PALABRAS CLAVE: astrología, Bizancio, León el filósofo, iconoclasmo.

ABSTRACT: In this article we present a global vision of the study, practise and transmission of astrology in Byzantium in the iconoclast period, paying attention to Leo the Philosopher, one of the most important figures in the Empire's cultural development along these decades.

KEYWORDS: Astrology, Byzantium, Leo the Philosopher, iconoclast period.

0. INTRODUCCIÓN.

El objetivo de este artículo es presentar el panorama que nos encontramos en Bizancio en relación con el estudio y el cultivo de la astrología durante la época que nos ocupa, la del conflicto iconoclasta de los siglos VIII-IX. Sin duda, un primer foco de nuestra atención ha de dirigirse al interior del propio Imperio bizantino, es decir, al modo en que las prácticas de una pseudociencia (pese a los esfuerzos doctrinales que se habían venido

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del PROYECTO HUM 2005-04930, del M.E.C.

realizando, no dejaba de ser vista como tal por los más escépticos) de la dudosa reputación de la astrología, lograban convivir con el cristianismo ortodoxo reinante. Lógicamente, hablaremos de la recepción de los escritos astrológicos durante estos siglos cruciales en el devenir del Imperio, siempre con la intención de enfocar nuestra visión de los hechos a la luz de la controversia religiosa sobre la representación de las imágenes sagradas. Es en ese último apartado, el de la transmisión de los textos astrológicos, donde no podemos apartar nuestra mirada del mundo árabe, un pueblo decisivo en las décadas que vamos a estudiar, tanto por sus avances militares y su creciente poder político, como, en lo que aquí más nos interesa, por su interés en asumir la rica herencia cultural grecolatina, sobre todo en cuanto a los escritos científicos se refiere. En realidad, tanto o más que por su aportación a la historia de la transmisión textual griega a través de su labor de recogida, transmisión y realización de nuevas aportaciones a los textos científicos –especialmente matemáticos, astronómicos y astrológicos–, ese interés árabe resultó trascendental a un nivel cultural aún más alto. En efecto, ante estos movimientos acaecidos en suelo árabe, asistimos en Bizancio a una preocupación por conservar el pasado cultural grecolatino, del que ella se consideraba única heredera: se ponen los cimientos ya en estos momentos, finales del siglo VIII, del llamado renacimiento cultural macedonio, cuyo inicio se ha fijado, durante mucho tiempo, en pleno siglo IX. A la relación causa-efecto de estos hechos entre el mundo árabe y el bizantino, dedicaremos también más adelante algunas palabras. A raíz de estos intercambios culturales con Oriente, el Estado no dudó en favorecer el estudio y la recuperación y copia de manuscritos olvidados hasta esos instantes. Se escribieron, además, nuevos códices y se potenció la difusión de obras astrológicas, mágicas, proféticas y esotéricas en general.

Tras el análisis de todo este marco histórico, social y cultural, la segunda parte de nuestro estudio tendrá como epicentro la apasionante figura de León el Filósofo (790-post 869), uno de los principales protagonistas del segundo iconoclasmo, la recta final de esa encarnizada lucha en torno a las imágenes que se libró en el Imperio. Personaje relevante en Constantinopla, que llegó a ser obispo iconoclasta y ocupó cargos docentes estatales ya con la facción iconodula en el poder, nos interesa de forma especial por su conocida afición a la ciencia de las estrellas. Así, además de hablar de su vida, rodeada de unas anécdotas tan variadas como carentes de historicidad en muchos casos, nos centraremos en las obras que se le atribuían, sobre todo, como no podía ser de otra manera, en los escritos astrológicos que se han transmitido vinculados a su nombre. En ese sentido, prestaremos atención a

los numerosos opúsculos en los que el nombre de “León el Filósofo” como autor del escrito en cuestión se intercambia, a simple vista, con los de “León el Sabio” y “León el Emperador”. De esta forma, la homonimia entre nuestro protagonista, el Emperador León VI el Sabio (886-912), reconocido aficionado a las prácticas astrológicas, celebrado como σοφός ya entre sus contemporáneos, y León Querosfactes, quien fuera alumno de León el Filósofo, continúa creando aún hoy no pocos quebraderos de cabeza a la hora de confirmar la autoría de un gran grupo de escritos de temática astrológica, mágica o adivinatoria.

1. LA ASTROLOGÍA EN BIZANCIO DURANTE LOS SIGLOS VIII Y IX

1.1. *El estudio de la astrología y las prácticas astrológicas en Bizancio*

Durante los siglos VIII-IX la astrología fue un saber extendido y valorado en Bizancio. En los párrafos siguientes, vamos a intentar justificar esta afirmación.

Como ejemplo que verifica lo primero, rescatamos unas palabras pronunciadas por Juan Damasceno († 754), teólogo de la iconodulia, en las que se negaba a creer (como hacían otros, colegimos) en la influencia de los astros sobre los acontecimientos humanos; eso sí, matizaba que sí podían afectar a fenómenos atmosféricos como la lluvia y el aumento o bajada de las temperaturas, entre otros. Además, tampoco faltan nombres de astrólogos famosos ya en el siglo VIII. Uno de ellos es el de Esteban el Astrólogo², personaje intrigante de finales de la centuria, ampliamente citado, pero de cuya vida apenas tenemos datos fiables. Sea como fuere, el caso es que debió de existir un astrólogo llamado Esteban, al que se le atribuían multitud de escritos, entre ellos un horóscopo sobre la duración del poder islámico, y que con frecuencia pudo ser confundido con Esteban el Filósofo, personaje del siglo VII.

En cuanto al siglo IX, remitimos a cualquiera de los datos, sean verídicos o no, que poseemos sobre la vida de León el Filósofo³, que confirman con creces nuestra aseveración inicial. También está atestiguada la figura del astrólogo de Corte, con todo lo que ello implica, desde Pancracio, astrólogo de Constantino VI en el año 792, hasta casi la mitad del siglo X, el año 927,

² Cf. TIHON (1993): 183-190.

³ Cf. *infra*.

ya metidos de lleno en la época de la dinastía macedonia. Como vemos, se trata de un oficio que goza de alta consideración, pues quienes a él se dedican son requeridos con frecuencia para aconsejar sobre lo conveniente o no de la toma de ciertas decisiones (guerras, expediciones, etc.), o, incluso, para averiguar los años que un soberano o reino van a permanecer en el poder.

La confirmación de lo segundo, la buena estima en que era tenida la astrología, requiere un comentario más amplio; habrá que poner el asunto en relación con la lucha entre iconófilos e iconoclastas y la versión de la realidad que ambos bandos trataron de transmitir a la posteridad. De ese modo, la visión iconodula, vencedora de la contienda, se afaná en destruir todo testimonio iconoclasta posible, tanto como en desacreditar, a los ojos de las generaciones venideras, a los partidarios de su facción rival. Así, trató de presentarnos a los emperadores de tal tendencia como destructores de la cultura, acusándolos de determinados actos salvajes: quema y destrucción de libros o persecuciones violentas a eruditos de tendencia iconófila. Si bien es verdad que no podemos silenciar la crudeza que en determinados momentos adquirió el conflicto, no lo es menos que los datos más radicales que en ese sentido han llegado hasta nosotros muestran una sospechosa parcialidad. Así, se nos presenta casi siempre a los iconoclastas con una gran impiedad y sed de venganza para con los partidarios de la imágenes (véase, por ejemplo, los actos acaecidos bajo el reinado de Constantino V [741-775]), mientras que en el caso contrario, es decir, en la reacción de los iconodulos cuando alcanzan el poder, apreciamos por lo general una gran dosis de benevolencia y escaso ensañamiento con sus contrarios.

Volvamos a lo que nos ocupa, la astrología. Ya venimos diciendo que, sin duda, el cultivo de las ciencias y, dentro de ellas, de la astronomía o la astrología estaba de moda a mediados del siglo IX, décadas de máximo protagonismo para nuestro personaje, León el Filósofo. Así, pues, la rama científica del saber jugó un papel fundamental en estos albores del renacimiento cultural macedonio, reforzado, si cabe, en las etapas de mandato iconoclasta. Emperadores y personajes vinculados a este bando, como Juan el Gramático, ideólogo del segundo iconoclasmo, o su pariente León el Filósofo, obispo de Salónica (840-843) y más tarde director de la Escuela Universitaria creada en la Magnaura por el César Bardas (ca. 855), ya reinstaurada la iconodulia, potenciaron el aprendizaje de las ciencias (el renacimiento bizantino quedaba dotado de esta manera de un marcado carácter científico y astrológico) y gozaron de amplia fama por su afición y conocimientos sobre astrología, magia y las ciencias ocultas en general.

Una vez más, la visión sesgada que ha tratado de imponernos la tradición⁴ ha hecho llegar hasta nosotros feroces críticas iconófilas a estas aficiones “paganas” de los iconoclastas, como las realizadas al emperador León V el Armenio (813-820), de quien se decía que, a imagen de León III y Constantino V, emperadores durante el primer iconoclasmo, consultaba a magos y astrólogos. Más conocidas aún son las insidias que lanzó el patriarca Metodio contra su antecesor Juan el Gramático, a la caída del segundo período de mandato iconoclasta (año 843). En ellas Metodio lo ataca por su afición a las ciencias nocivas profanas y lo califica de malvado, mago y adivino. Incluso se nos cuenta cómo se recluía en una especie de sótano de la vivienda particular de su hermano para practicar allí la lecanomancia (adivinación a partir del sonido que producen las piedras preciosas cuando se dejan caer en un recipiente) o la hepatoscopia (adivinación a partir del examen de hígados)⁵. Del mismo modo, también León el Filósofo, pese a la buena visión general que de él ha transmitido la historia, sufrió la invectiva de uno de sus alumnos, un tal Constantino⁶. Así, en los algo más de cien versos de que constan esos ataques, vemos a una persona resentida con el que fue su maestro, que aprovecha la muerte de éste para decir todo lo que pensaba de él: lo considera impío por cultivar y enseñar la ciencia pagana y se lo imagina en el Hades, allá donde están los grandes clásicos politeístas; por todo ello debe ser condenado por Cristo. Tampoco se libró de estos ataques León Querosfactes (fin. s. IX), alumno también de León el Filósofo, a quien Aretas⁷ (860-932), discípulo a su vez de Focio (827-886 ca.), el patriarca y hombre fuerte del renacimiento cultural en el siglo IX, tildó de filohelenista.

Apreciamos un lugar común en estas dos últimas críticas a personajes iconoclastas aficionados a las ciencias adivinatoria y astrológica: el ataque de “cientifismo” y “filohelenismo”, de seguir más el pensamiento griego clásico que el bizantino ortodoxo⁸. En efecto, esa acusación contra los detractores de las imágenes fue muy recurrente en el pensamiento posterior, sobre todo en época de Focio, gran aficionado a los estudios humanísticos (bajo su man-

⁴ Muchas de las fuentes que han transmitido información sobre la época tienen elementos en común: se trata de crónicas de carácter popular, compuestas en época tardía, y claramente tendenciosas, con la pretensión firme de contar los hechos en el modo que a la ideología ortodoxa iconodula dominante le interesaba. Así, entre otras, tenemos las obras de Jorge el Monje, Teófanos Continuado, Pseudo-Simeón, León el Gramático, Cedreno, Genesisio o Vidas de santos como la de Constantino-Cirilo.

⁵ Cf. MAGDALINO (2006): 58 ss.

⁶ Cf. P.G. 107, LXI-LXIV & 660-661.

⁷ Cf. Aretas I, 200-212.

⁸ Cf. MAGDALINO (2006): 67 ss.

dato cultural la retórica, sobre todo, adquirió un lugar central en la concepción de la educación) y filológicos; se presentaba de esta forma una clara oposición entre el pensamiento iconodulo y humanístico, de un lado, y el iconoclasta y científico, de otro⁹.

Una vez acabado el conflicto de las imágenes y con la llegada al poder del patriarca Focio, especialmente tras la muerte de León el Filósofo, la vida cultural en Constantinopla va a sufrir un gran cambio. Tocaba a su fin así la obra realizada por Juan el Gramático, desde su posición como ideólogo del iconoclasmo, la del César Bardas, bajo la regencia de Teodora, a través de su plan de revitalización de un sistema educativo que había tocado fondo en el siglo VII arrastrado por los desastres políticos y militares del Imperio, o la de León el Filósofo, al frente de la Escuela Universitaria creada en la Magnaura. En estos tres personajes apreciamos un rasgo común: el interés por el conocimiento científico y la potenciación del estudio de las disciplinas de esa área, con lo que ello conlleva de situación favorable para la astrología. Cuando Focio tomó el mando de las operaciones, en cambio, ese interés por lo científico disminuyó sobremanera y las disciplinas humanísticas y filológicas, como hemos dicho, pasaron al primer plano.

Pero esos hechos corresponden a otra época, la más importante, desde luego, en el devenir cultural del Imperio Bizantino. A ella le siguieron nuevas oleadas de interés por el saber astrológico, que se tradujeron en la copia de manuscritos, traducciones del árabe y la consecuente ampliación de conocimientos. El general aumento de la cultura, a partir de las sólidas bases educacionales que se pusieron en tiempos de la dinastía macedonia, contribuyó, además, a su difusión. Entre los personajes que defendieron el estudio de la ciencia de las estrellas señalamos los nombres del emperador Manuel I Comneno (1143-1180) o, ya en vísperas de la ocupación turca, los de Teodoro Metoquites o Jorge Quioniades. Únicamente el período de la ocupación latina de Constantinopla (1204-1282) supuso un freno en la difusión de nuestra doctrina.

1.2. *Las relaciones culturales de Bizancio con el mundo árabe*

Un último aspecto reclama ahora nuestra atención para acabar de trazar las líneas básicas del desarrollo y difusión de la doctrina astrológica en Bizancio durante los siglos de la lucha de las imágenes: el papel del mundo árabe y sus relaciones culturales con el Imperio Bizantino. Si tenemos en

⁹ Algo similar ya se produjo en la Roma tardía, *mutatis mutandis*, en el contexto de la lucha del cristianismo incipiente contra las prácticas astrológicas.

cuenta la clasificación aparecida en un artículo reciente de P. Magdalino¹⁰, en el que se distinguen hasta cuatro fases en el desarrollo de la astrología en Bizancio, el objeto central de nuestro estudio, la época iconoclasta, coincide de pleno con la segunda de esas etapas señaladas por el investigador británico, y que él hace girar en torno al auge y posterior caída del califato abasí, a mediados del siglo VIII a.C. A modo simplemente de introducción conviene realizar un brevísimo recorrido por la historia de la astrología hasta la época que estamos estudiando. Para ello debemos remontarnos a sus orígenes mesopotámicos y egipcios; de ahí, la doctrina astrológica llegó a suelo griego, donde asistimos a su etapa de mayor desarrollo, favorecido, entre otros motivos, por el apoyo que encontró en la secta pitagórica y la filosofía posterior (Platón, Aristóteles, el estoicismo, etc.), que la dotaron del carácter científico que aún no tenía y la hicieron presentarse ante la sociedad con mayor credibilidad. Sin embargo, como todos sabemos, la vida de nuestra doctrina no fue un camino de rosas. De Grecia pasó a Roma, un pueblo que la acogió con fervor y que, pese a las trabas oficiales¹¹ impuestas por unos dirigentes que, de manera paradójica, nunca dejaron de recurrir a ella y, ya en época tardía, a la frontal oposición de la Iglesia cristiana, favoreció su expansión definitiva a los pueblos orientales con los que el Imperio Romano tuvo contacto, como el iraní o el persa. Justo en ese punto debemos situarnos.

No debe causar extrañeza que sea una potencia extranjera, árabe en este caso, la que capitalice este momento de la transmisión de los textos astrológicos en Bizancio. El califato abasí, tras derrocar a la dinastía omeya y trasladar la capital a Bagdad, se caracterizó, en lo cultural, por un extraordinario interés en la herencia grecolatina, sobre todo en los escritos de contenido científico. De hecho, bajo su hegemonía, en especial durante el primer siglo (la dinastía abasí, que se decía descendiente del profeta Mahoma, se mantuvo en el poder hasta mediados del siglo XIII, una vez conquistada Bagdad por el imperio mongol), se vive una verdadera edad de oro en la ciencia árabe. Dentro del ámbito científico, la disciplina que ahora nos ocupa, la astrología, ocupó gran parte de ese interés mostrado por los árabes. Ya uno de los primeros califas abasíes, Al Mansur (754-775), tuvo fama de ser un gran aficionado a este saber, la magia y los sortilegios, materias sobre las que pidió libros al mismo emperador, seguramente Constantino V (741-775)¹². Llegó

¹⁰ Cf. P. MAGDALINO (2002).

¹¹ Cf. B. BAKHOUCHE (2002) y F. H. CRAMER (1954).

¹² Cf. SIGNES CODONER (1996): 159ss. El intercambio cultural, especialmente de libros, entre Bizancio y el mundo árabe fue una práctica habitual durante el período iconoclasta. El profesor

incluso a contar con los servicios de Teófilo de Edesa¹³, uno de los astrólogos más reputados de la época (con posterioridad fue el astrólogo de Corte –figura, recordamos, de cuya existencia tenemos constancia en Bizancio desde los años 792-927– bajo el califa Al Mahdi) y autor, entre otras obras, de unas conocidísimas *καταρχαί* (lat. *electiones*) sobre la guerra¹⁴. Este astrólogo ejerció una gran influencia entre los aficionados a la doctrina, tanto de su época como de épocas posteriores, y debió de contarse entre las fuentes, según D. Pingree¹⁵, que pudo consultar nuestro León el Filósofo. En realidad, los abasíes no sólo se impregnaron de los conocimientos astrológicos griegos, sino que a éstos añadieron el saber persa sobre la materia¹⁶ y lo completaron con aportaciones propias gracias a sus avanzadas matemáticas y astronomía, disciplinas de indiscutible carácter científico, que aportaban mayor solidez y credibilidad a los estudios sobre la influencia de los astros en la Tierra.

Debemos tener en cuenta, como decíamos al principio¹⁷, esta situación de crecimiento cultural del mundo abasí a mediados del siglo VIII, tanto como la no menos importante de otro de los pueblos vecinos de Bizancio, los francos, a la hora de entender los albores del renacimiento cultural macedonio a los que asistimos en estas décadas¹⁸. En efecto, ambos pueblos vecinos pretenden apropiarse del legado cultural clásico, reivindicación que, desde Constantinopla, veían como impropia. Asistimos a partir de estos momentos a una situación en que tanto bizantinos como árabes se enorgullecen de ser el nuevo eslabón en la transmisión de la cultura clásica. Y es que en Bizancio este sentimiento surgió, con casi total probabilidad, como reacción frente a la declaración de intenciones árabes, ya en la segunda mitad del siglo VIII. Hasta esos instantes, la cultura clásica politeísta era vista casi como

Signes Codoñer presenta en este artículo una abundante documentación al respecto, subrayando en todo momento el carácter pragmático de la cuestión, si se tiene en cuenta el enfrentamiento bélico entre ambos bandos. Junto a ese intercambio, los árabes no dejaron pasar la ocasión de saquear bibliotecas bizantinas en sus incursiones militares, prestando siempre mayor atención a los manuscritos de contenido científico, aquella parte de la tradición griega que resultaría seguramente más fácilmente asimilable en su cultura islámica. En cuanto se hicieron con la información que necesitaban y ésta fue traducida al árabe, dejamos de tener noticias de estos intercambios de libros.

¹³ Cf. THON (1993): 190-192.

¹⁴ Son numerosos los escritos conservados bajo su nombre. Un listado con las ediciones de estas obras presentes en el *CCAG* podemos verlo en THON (1993): 191.

¹⁵ Cf. PINGREE (1989): 238.

¹⁶ Cf. PINGREE (1989).

¹⁷ Cf. *supra*.

¹⁸ Véanse, en este sentido, las reflexiones de P. SPECK (2003): 182ss.

una herejía por los sectores más radicales de la Iglesia ortodoxa, situación que se fue suavizando ante este brote nacionalista.

Si hubo un califa cuyo interés por la astronomía y astrología clásicas resultó decisivo, colateralmente, para el auge del estudio de estas disciplinas en suelo bizantino, y bajo cuyo mandato se acrecentó esa nueva toma de conciencia en Constantinopla como heredera del legado clásico, ése fue Al Mamún (813-833). Gran aficionado a las ciencias y amante de la cultura en general, este califa fue el fundador de la “Casa de la Sabiduría” en Bagdad, una institución básica en el crecimiento cultural del pueblo árabe durante estas décadas. Al Mamún se afanó por conseguir llenar de libros griegos las bibliotecas de la capital y por encargar a continuación su traducción al árabe. Con el objeto de obtener esos libros, no dudó en organizar expediciones de eruditos árabes a suelo bizantino para que visitasen todas las bibliotecas posibles y tradujesen el mayor número de obras, sobre todo aquellas de carácter científico. No satisfecho con esas expediciones, fueron famosas sus invitaciones a personalidades de la cultura bizantina para que se desplazasen a Bagdad a intercambiar conocimientos, en lo que P. Magdalino ha llamado “el viaje a Bagdad”¹⁹. Los más ilustres humanistas de Bizancio, en efecto, fueron tentados por la llamada oriental, que se prolongó más allá del mandato de Al Mamún. Así, Juan el Gramático, san Cirilo, Focio y León Querosfactes permanecieron durante un tiempo en suelo bagdadí.

Al parecer, uno de los intereses principales de estos desplazamientos era el deseo árabe de conocer a fondo las ciencias griegas en general y la astrología en particular, según se desprende del perfil de la mayoría de los invitados. Las conclusiones que ha transmitido la tradición sobre estas estancias son del todo favorables. Los bizantinos quedaban impresionados del boato y lujo de la Corte abasí y se llevaban, junto a los conocimientos adquiridos a partir del contacto con una civilización en muchos aspectos más avanzada que la suya, ideas que luego intentarían poner en práctica en Constantinopla. En algunas de esas estancias, además, pudieron tratarse también cuestiones políticas y religiosas, pero siempre con el trasfondo de un escenario cultural y de interés recíproco por ambas partes.

Especialmente llamativa es la historia de uno de esos viajes a Bagdad, el de León el Filósofo, que nunca llegó a realizarse. Cuenta la historia que uno de sus discípulos, nombrado secretario de un alto cargo militar que luchaba

¹⁹ Cf. MAGDALINO (1998). Para obtener más información acerca de estos viajes-embajadas, se puede consultar los trabajos de J. SIGNES CODOÑER (1996, 2002), donde, junto al aspecto cultural, el autor se centra en el trasfondo político de las visitas a suelo califal.

contra los árabes, fue hecho prisionero por éstos. Una vez en suelo califal, llamó de tal manera la atención su exquisita formación en geometría, que los altos mandatarios enemigos le solicitaron información sobre su maestro, que resultó ser un tal León, desconocido hasta entonces en los ámbitos culturales oficiales, para hacerle llegar una invitación oficial a que se presentase ante ellos y los instruyese en las disciplinas que tanto, al parecer, dominaba²⁰. Nuestro protagonista la desestimó y se negó a viajar a Bagdad a compartir sus conocimientos con los árabes (ca. 829-833). Fue entonces cuando las autoridades constantinopolitanas se apresuraron a ofrecer un puesto docente oficial a León para evitar la fuga del talento²¹ y disuadir al enemigo de su interés en la cultura grecolatina, de la que la antigua Bizancio se consideraba única heredera. La fama de astrólogo de León y la insistencia con que los abasíes intentaron en vano su desplazamiento a Bagdad puede servir como indicio del interés que la astrología suscitaba entre las capas culturales árabes. La facción iconoclasta, además, entendió desde el primer momento que podía existir una relación más o menos directa entre las prácticas astrológicas y las ideas iconoclastas²², de ahí su doble afán por intentar reprimir las primeras, por un lado, y por evitar el contacto con el pueblo árabe de aquellos intelectuales bizantinos aficionados a tales materias, por otro.

2. LA FIGURA DE LEÓN EL FILÓSOFO

2.1. *Su vida*

La vida de León el Filósofo (790-post 869), también conocido como León el Matemático, ha sido bien estudiada en una considerable cantidad de artículos y páginas de libros²³. En ellos han quedado expuestos, por lo general, todos los datos que la tradición ha hecho llegar hasta nosotros sobre sus primeros años de existencia anónima y su vida pública posterior,

²⁰ Cf. Theoph. Contin., *Chronographia*, pp. 185-192 (Lib. IV, 26-29).

²¹ Para evitar el desplazamiento de León, al parecer, no dudó en intervenir el propio emperador Teófilo, quien le dio un puesto docente en la iglesia de los Cuarenta Mártires.

²² Junto al recelo que el interés árabe en la cultura griega pudiera despertar, los ortodoxos más radicales veían en estos viajes culturales a Oriente un posible foco de contacto de la intelectualidad bizantina con las ideas religiosas del pueblo vecino. Al encontrarse el conflicto iconoclasta en vigor, éstos pusieron de su parte en no favorecer tales desplazamientos (cf. MAGDALINO [1998]: 212-213).

²³ Cf., entre otros, MAGDALINO (2006), SPECK (2003), WILSON (1994), KATZAROS (1993) y LEMERLE (1971).

como obispo de Salónica o como director de una Escuela Universitaria en Constantinopla.

El principal problema que se ha planteado desde siempre ha sido el de deslizar, dentro del notable número de referencias conservadas, aquellas puramente históricas de otras que a duras penas entrarían en el farragoso terreno de la leyenda. Incluso dentro de estas últimas nos encontramos con varias versiones sobre un mismo acontecimiento, que entran en contradicciones internas desde el punto de vista cronológico o histórico-cultural.

A la hora de utilizar, pues, estos datos sobre su vida, debemos movernos con suma precaución para no lanzarnos a aventurar falsas teorías a partir de ellos. En ese sentido, la magnífica exposición de P. Lemerle en su obra de referencia *Le premier humanisme byzantin* (1971)²⁴ ha servido de base a otros estudios más recientes, como los de V. Katzaros (1993)²⁵, dedicado monográficamente a la figura del erudito, con una amplísima bibliografía, aunque sin entrar demasiado en el análisis de los datos, o las páginas que le dedica P. Speck (2003)²⁶ en el marco del renacimiento bizantino, y donde sí se pronuncia sobre la historicidad o no de los testimonios. Junto a éstos, hay otros muchos escritos que en su tratamiento de la época iconoclasta desde puntos de vista tan distantes en apariencia como el de las relaciones culturales entre bizantinos y árabes²⁷ o el de la recepción bizantina de la astrología clásica²⁸, nos ofrecen también datos y referencias sobre la vida de León el Filósofo. El semblante de su figura que vamos a presentar aquí pretende recoger todo ese material sobre su vida que hoy tenemos a nuestra disposición, siempre con la intención de delimitar con la mayor nitidez posible aquellos datos históricos y verificables de esos otros que no sobrepasan el terreno de la leyenda. Incidiremos a continuación en sus escritos, con especial atención a los astrológicos, de cuya autoría tanto se ha discutido.

León (790-post 869), como venimos diciendo, es uno de los personajes más apasionantes de su época. Constituye un claro ejemplo de persona hecha a sí misma, llena de inquietudes intelectuales, a la que los caprichosos hados transformaron en exitosa una existencia transcurrida en el anonimato. A mi entender, una de las cualidades sin duda más llamativas de su personalidad fue la habilidad que le permitió sobrevivir en medio de un conflicto religioso, la lucha de las imágenes, que costó la carrera y la vida de otros muchos. En

²⁴ Cf. cap. VI: «Léon le Philosophe (ou le Mathématicien) et son temps», pp. 148-176.

²⁵ Cf. V. KATZAROS (1993).

²⁶ P. SPECK (2003): 188-193.

²⁷ Cf. J. SIGNES CODOÑER (2002) y P. MAGDALINO (1998).

²⁸ Cf. P. MAGDALINO (2002, 2006).

efecto, alto cargo eclesiástico durante el último período de poder iconoclasta, supo hacer ver sus cualidades y su valía a los que habían estado en el bando contrario, los partidarios de la iconodulia tradicional, para, tras la reimplantación definitiva de ésta, seguir desempeñando puestos oficiales. En cuanto a su ideología, se suele afirmar que tendía a posturas en contra de la representación de las imágenes, aunque sin extremismos, con mucha moderación, en consonancia con los rasgos generales de su personalidad que tan bien nos describe su alumno León Querosfactes²⁹.

Durante sus primeros años de vida, como les ocurrió a otros muchos jóvenes capitalinos de su época, recibió la educación elemental (gramática y poética) en Constantinopla. A continuación, según una noticia en la que se ponen de acuerdo todas las fuentes³⁰, la falta de maestros adecuados y sus ansias de ampliar conocimientos le llevaron a la isla de Andros³¹, donde recibió una formación básica de las especialidades de retórica, filosofía y matemáticas de la mano de un experto en la materia cuyo nombre desconocemos³². Aún no suficientemente satisfecho con las enseñanzas recibidas, se lanzó a recorrer varios monasterios en busca de escritos de las materias de su interés. Por fin, al cabo de unos años dio por concluida esa etapa formativa lejos de su tierra y se asentó en Constantinopla, donde tuvo que comenzar a ganarse la vida como profesor a nivel particular.

Hasta esos años de su vida, que por el momento transcurría sin mayor notoriedad y alejada de los focos de la actividad pública, las fuentes apenas ofrecen, con un alto grado de coincidencia en sus informaciones, más datos que los que aquí acabamos de contar. Pero es a partir de entonces cuando el nombre de León el Filósofo adquiere relevancia hasta alcanzar la cúspide en el momento en que, a instancias de su pariente Juan el Gramático y del

²⁹ Cf. G. KOLIAS, «León Querosphactès, magister, proconsul et patrice», *Texte und Forschungen zur byzantinisch-neugriechischen Philologie* 31, Atenas (1939), p. 132.

³⁰ Entre las fuentes directas que han transmitido datos sobre la vida de León el Filósofo, las más importantes son: la *Chronographia* de Teófanos Continuado (BEKKER 1838), el *Compendium Historiarum* de Jorge Cedreno (BEKKER 1838) y la *Historia* de GENESIO (DE GRUYTER 1978), coincidentes en la mayoría de puntos, y Pseudo-Simeón (BEKKER 1838), el *Chronicon* de Jorge el Monje Continuado (BEKKER 1838), el *Chronicon* de Simeón Logóteta y la *Chronographia* de León el Gramático (BEKKER 1842), que difieren en conjunto de las anteriores en ciertos episodios.

³¹ Cf., por ejemplo, Theoph. Continuatus, 192, 5.

³² El nombre de este erudito que nos facilita la tradición es el de Miguel Pselo (Cf. Georg. Cedrenus, *Compendium historiarum*, II 170, 19), político y hombre de letras del siglo XI, si bien también vivió en la época que nos ocupa un filósofo homónimo, apodado «el viejo». Con todo, nada de seguro hay al respecto.

emperador Teófilo, es nombrado obispo de Salónica el año 840, cargo que desempeñó durante un trienio, justo lo que tardó en ser reinstaurado en el poder el régimen iconodulo³³. El intervalo de tiempo que transcurre desde su regreso a Constantinopla tras la etapa de investigación y búsqueda de manuscritos por los monasterios y los años en que se ganó la vida como profesor particular ha sido cubierto con episodios de más que dudosa historicidad que intentarían justificar las causas de su ascenso al trono obispal de Salónica. Así, una versión incluiría la invitación que le hizo llegar el califa Al Mamún para que viajase a Bagdad a mostrar y compartir sus conocimientos científicos con los árabes, hecho que provocó su reconocimiento en Constantinopla y su nombramiento como docente en la iglesia de los Cuarenta Santos, previo al cargo de obispo. Según otros testimonios, León juega un papel vital gracias a sus habilidades adivinatorias, enseñadas a un alumno suyo, en la batalla de Amorium (838), resuelta a favor de los árabes al mando de Al Mutasim. De nuevo, el poder bizantino se apresura a reconocer la valía de León y lo nombra obispo. Como vemos, ambas versiones tienen bastantes puntos en común. P. Lemerle³⁴ acaba decantándose por la primera, que quizá deba a ello ser la más extendida, pese a las dificultades cronológicas que plantea. Sin embargo, precisamente por éstas otros investigadores, como P. Speck³⁵, acaban por derribar por completo todo atisbo de historicidad del pasaje.

En definitiva, podemos estar frente a una historia propagandística construida en época tardía, creada con la intención principal de ejemplificar la resistencia bizantina, personificada en León el Filósofo, ante el intento árabe por apoderarse del dominio de la tradición grecolatina, en una muestra más de su reivindicación como heredero natural y único de esa inmensa tradición cultural. Sea como fuere, el hecho es que la imagen que de León nos trans-

³³ Este repentino interés en un personaje que apenas había salido del anonimato y ya había sido nombrado obispo ha intentado explicarse, sin dejar de reconocer su propia valía, a partir de su relación familiar: era, según las fuentes, primo (Theoph. Contin., *Chronographia*, p. 185, 10-12: Λέων ἐκεῖνος ὁ μέγας τε καὶ φιλόσοφος, ὃς κατὰ συγγένειαν μὲν τοῦ ἐξαδέλφου τῷ πατριάρχῃ Ἰαννῆ ᾤκειώτο, τὸν θρόνον δὲ τῆς Θεσσαλονίκης κατέχων) o sobrino (Georg. Cedrenus, *Compendium Historiarum* II, 166, 3-5: τῆς μὲν οὖν φιλοσοφίας ἐξηγήειτο Λέων ἐκεῖνος ὁ μέγας τε καὶ φιλόσοφος, ἀνεψιὸς ὄν Ἰαννῆ τοῦ πατριάρχου, ὃς καὶ τὸν θρόνον ἔλαχε τῆς Θεσσαλονίκης) de Juan el Gramático, patriarca iconoclasta. Sea como fuere, el caso es que León, ante la cómoda situación que se le presentaba en su patria, quedó disuadido de su viaje a Bagdad.

³⁴ Cf. LEMERLE (1971): 150-154.

³⁵ Cf. SPECK (2003): 189 ss., donde leemos: "I consider this whole story as all this is quite common in *vitae* of emperors. This can be proven through internal and external inconsistencies".

miten esas historias es inmejorable: un hombre sabio, humilde y comprometido con su patria. Su biografía se presenta, además, salpicada de pasajes en los que queda clara su afición y dominio de la astrología y las artes adivinatorias en general, como demostrarían las distintas profecías que se le atribuyen³⁶.

Si seguimos con los datos que poseemos sobre su vida, debemos situarnos en el año 843, fecha en que la ortodoxia iconodula se reinstaura de manera oficial en el Imperio. León, al parecer, y pese a encontrarse claramente alineado en el bando de los perdedores tras la recién acabada batalla doctrinal, no salió mal parado en exceso. Sin embargo, de nuevo la incertidumbre se apodera de nosotros durante el período de tiempo que transcurre desde su deposición como obispo de Salónica hasta el siguiente hecho histórico documentado en el que nuestro protagonista aparece: la fundación en el palacio de la Magnaura de una Escuela Universitaria, impulsada por el César Bardas, convertido en la mano derecha del emperador Miguel III tras el golpe de Estado del año 856. En efecto, tenemos constancia de que León el Filósofo fue el director de ese centro educativo de estudios superiores, que se convirtió en la auténtica base del inminente esplendor cultural bajo la dinastía macedonia. Se trataba de una institución subvencionada en parte con fondos imperiales, de la que poco o casi nada conocemos con detalle, salvo que León era la cabeza visible, encargado de la filosofía, y que junto a él había otros tres profesores (Teodoro, Teodegio y Cometas), al frente, respectivamente, de la geometría, la astronomía y la gramática. Allí pudo llegar a contar entre sus discípulos a Constantino el filósofo, futuro san Cirilo³⁷, si bien este punto, como otros tantos, no está demasiado claro. Como vemos, el estudio de las ciencias recibe un enorme impulso en esta Institución, que colmaba en cierta medida uno de los viejos sueños docentes de León, al impulsar aquellas disciplinas que habían colmado gran parte de su vida. Gracias sobre todo a este cargo, además de los méritos acumulados durante el resto de su vida, León pasó a la posteridad como uno de los personajes clave en el renacimiento de la educación superior en Bizancio.

Sin embargo, como decíamos antes, sigue sin quedar claro qué fue de la vida de nuestro protagonista durante esos años iniciales del definitivo período iconodulo hasta la llegada de Bardas al poder (843-856). Aun sin saber la fecha exacta de la entrada en funcionamiento de la Escuela, nos quedan al menos trece años de incógnitas sobre la vida del antiguo obispo icono-

³⁶ Cf. *infra*.

³⁷ Cf. *ODB*, s.v. "Leon the Mathematician" y WILSON (1994): 126-127.

clasta. Como es de suponer, la cuestión ha sido debidamente analizada por los estudiosos a partir de los distintos testimonios conservados, y se ha discutido sobre la situación en que pudo quedar León tras su implicación de lleno en el conflicto ideológico. Es llamativa, de nuevo, la teoría que lanza P. Speck³⁸, quien rebaja el nivel de esta escuela a la enseñanza secundaria y justifica el boato dado en las fuentes como un método propagandístico más de la clase política, en este caso, del César Bardas.

Esta etapa al frente de la Escuela de la Magnaura es el último momento en que tenemos noticias de León. Nada sabemos sobre la fecha exacta de su muerte, si bien existe un *terminus post quem*, el año 869, fecha de un terrible terremoto en Constantinopla, del que nuestro protagonista salió con vida con la ayuda de sus conocimientos adivinatorios³⁹; predijo que caería derrumbada una iglesia de la capital, a la que acudió una multitud de personas en la esperanza de quedar refugiados del seísmo. En efecto, el lugar sagrado sucumbió y quienes allí acudieron murieron aprisionados en su interior, mientras que León y aquellos que le hicieron caso consiguieron salvarse de una muerte segura al resguardarse junto a una columna. A partir de ahí, como hemos dicho, nada más sabemos de su vida, mas ha de suponerse que, ya octogenario, no debió de abandonar Constantinopla con posterioridad.

Una vez que hemos comentado los distintos períodos de la vida de León, no podemos finalizar este artículo sin poner en liza esas otras anécdotas que nos han llegado de nuestro protagonista relacionadas con su afición a la astrología, la magia y los distintos tipos de procedimientos adivinatorios.

Así, hay suficientes datos que demostrarían el dominio que León poseía de la astrología: por ejemplo, sabemos que era capaz de establecer horóscopos y que lanzó con éxito varias predicciones a partir de sus conocimientos en la materia. Del mismo modo, cuando era obispo, se ganó el favor de los tesalonicenses al predecir el momento adecuado para sembrar tras una pertinaz sequía⁴⁰. Se le atribuye igualmente haber avisado a Bardas, Miguel II y Basilio de no acometer una campaña militar en Creta, al ver señales funestas que lo desaconsejaban⁴¹. Por último, predijo también la llegada al trono de Basilio I⁴² o el ya comentado fatal terremoto del año 869 en Constantinopla.

³⁸ Cf. SPECK (2003): 191 ss.

³⁹ Cf. Georg. Monach. Contin. 840, 14 ss.

⁴⁰ Cf. Theoph. Contin. 191, 4 ss. Este hecho fue usado por el emperador Manuel I Comneno (1143-1180) –véase hasta dónde llegó la fama de León–, férreo defensor de la astrología, para argumentar que ésta no tenía por qué estar reñida totalmente con el cristianismo.

⁴¹ Cf. Georg. Monach. Contin. 829, 7 ss.

⁴² Cf. Theoph. Contin. 232, 14 ss.

Junto a estos ejemplos, la historia del supuesto interés del califa Al Mamún por conocerlo, asombrado por la sabiduría de su alumno hecho prisionero en suelo árabe, o las feroces críticas de un antiguo alumno suyo, Constantino⁴³, que lo acusó de impiedad por dedicarse a la ciencia pagana, en clara alusión a las ciencias ocultas y la astrología, constituyen la prueba más palpable de que León practicaba todas estas artes, tan enfrentadas a los cánones ortodoxos bizantinos. Él mismo nos cuenta, en uno de sus epigramas, que poseía, entre sus numerosos libros, la *Eisagogé* de Pablo de Alejandría⁴⁴, importante astrólogo del siglo IV d.C. A partir de testimonios directos como éste y los presentes en alguno más de los epigramas que, atribuidos a él, ha transmitido la *Antología Palatina*⁴⁵, o en las mismas notas que escribió en varios manuscritos de Ptolomeo, Arquímedes o Platón, podemos afirmar que León poseyó una biblioteca particular de considerable valor, especialmente rica en textos matemáticos, científicos en general y filosóficos, algunas de sus grandes pasiones. Dentro de estos ámbitos, las *Cónicas* de Apolonio de Perge, los manuales sobre *Mecánica* de Marcelo y Quirino, el tratado de *Astronomía* de Teón, el de *Geometría* de Proclo, junto a varios manuscritos de Arquímedes, Euclides o Ptolomeo, debieron de estar en sus estantes⁴⁶.

Por último, junto a todo ese conocimiento teórico de las ciencias que, en vista de su fornida biblioteca, debió de acumular León, queda también refrendado, a través de varios de los curiosos datos y anécdotas que jalonan su vida, el dominio práctico de muchas de esas disciplinas. Así, sabemos que ingenió, tras asimilar los embrionarios conocimientos de la época, un complicado sistema de señales luminosas usado en la defensa de la capital, mediante el que se enviaban mensajes desde dos puntos no demasiado lejanos, y que dispuso un llamativo alumbrado en el palacio real. Para realizar tales proyectos, no pudo partir de otros, sino de los manuscritos de las *Tablas*

⁴³ Cf. *supra*, n. 6.

⁴⁴ Cf. Anthol. Palat. IX, 201.

⁴⁵ Cf. Anthol. Palat. IX 200, 202 y 578.

⁴⁶ Al respecto, una de las cuestiones aceptadas por los expertos en la materia, el hecho de que León poseyera el manuscrito *Vat. Gr. 1594*, uno de los testimonios más antiguos del texto ptolemaico, fue rebatida por N. G. Wilson (1973) tras analizar la nota del f. 263v y descartar que fuese realizada por León, situándola en el siglo XIII o fechas más tardías. Estuviera o no este códice en concreto en poder de nuestro protagonista, sí parece más que probable que, de cualquier manera, León pudiera haber tenido en su biblioteca alguna otra copia tanto del *Almagesto* como del *Tetrabiblos* (cf. FONKÍĆ [2005], donde se ofrece una nueva datación para el *Marc. Gr. 313*—inicios del s. IX—, uno de los manuscritos más destacados entre los que contienen la magna obra astronómica de Ptolomeo, que podría favorecer la hipótesis de León el Filósofo como su primer poseedor).

Manuales de Ptolomeo o de los manuales técnicos de Filón y Herón de Alejandría⁴⁷. Estos y otros inventos que la tradición posterior le adjudicó contribuyeron a aumentar su fama de sabio. Sin embargo, muchos han pretendido ver en el hecho de que estas atribuciones técnicas a León aparezcan únicamente en crónicas tardías y de carácter popular⁴⁸, un elemento de duda a la hora de otorgarles credibilidad⁴⁹.

2.2. *Su obra*

Antes de presentar las conclusiones, debemos al menos mencionar las obras que, con mayor o menor grado de fiabilidad, han sido atribuidas a León el Filósofo por la tradición. Dentro de las dificultades que la labor entraña, podemos realizar la siguiente división de la obra de León⁵⁰:

1) Una *Homilía sobre la Anunciación*, conservada casi completa⁵¹. Esta es la obra sobre cuya autoría hay más certeza, si bien ésta no es total.

2) Epigramas, la mayoría de los cuales (nueve) están dentro de la *Antología Palatina*. Por lo general, once de estas pequeñas piezas suelen considerarse como epigramas de León⁵², aunque hay otros estudiosos⁵³ que abren el abanico y aumentan el número en alguno más.

3) Obras de diversos géneros, atribuidas a León por distintas tradiciones manuscritas. La autoría de casi todas ellas es más que discutida⁵⁴.

4) Obras de contenido astrológico, atribuidas a León, con mayor o menor garantía, recogidas en los distintos tomos del *CCAG*⁵⁵. De todas ellas, la que tiene más visos de haber sido escrita por nuestro autor es *περὶ βασιλείας (ο βασιλέων) καὶ ἀρχόντων*⁵⁶, conservada al menos en 9 manuscritos descritos en el *CCAG*⁵⁷. Otra obra que la crítica suele atribuir a León es la que encontramos bajo el título *μέθοδος προγνωστικῆ τοῦ ἁγίου εὐαγγελίου ἢ τοῦ ψαλτηρίου*

⁴⁷ Cf. WILSON (1994): 122-123.

⁴⁸ Cf. Ps. Symeon 681, 21 ss.

⁴⁹ Cf. MANGO (1984): 91.

⁵⁰ Podemos ver un listado, más o menos somero, de las obras atribuidas a León, entre otros, en MAGDALINO (2006): 62, KATZAROS (1993): 387-391 y LEMERLE (1971): 170 ss.

⁵¹ Cf. LAURENT (1964): 297-302.

⁵² Cf. BALDWIN (1990).

⁵³ Cf. WESTERINK (1986).

⁵⁴ Cf., por ejemplo, el poema de Job en WESTERINK (1986): 201ss.

⁵⁵ Cf. MAGDALINO (2006): 62 y LEMERLE (1971): 171-172.

⁵⁶ Cf. edición en *CCAG* IV: 92.

⁵⁷ Cf. *Marc. Gr.* 334, f. 64v; *Marc. Gr.* 335, f. 189v; *Taurin. Gr.* C.VIII.10, f. 71; *Palat. Gr.* 312, f. 160r; *Berolin.* 147, f. 70v; *Paris. Gr.* 2419, f. 136r; *Paris. Gr.* 2420, f. 1r; *Paris. Gr.* 2424, f. 50v y *Paris. Gr.* 2506, f. 42v.

*ποίημα κυροῦ Λέοντος τοῦ σοφοῦ*⁵⁸, un escrito sobre cómo predecir el futuro mediante la consulta del evangelio o el psalterio, que hemos localizado en 5 códices⁵⁹. Tenemos también un brontologio y un capítulo sobre el curso de la luna (*κατὰ τῆς Σελήνης δρόμον· βροντολόγιον... τοῦ ὑπερτίμου καὶ σοφοῦ κυροῦ Λέοντος*)⁶⁰. Así mismo, encontramos un escolio a un pasaje de la *Eisagogé* de Porfirio bajo el título *σχόλια Λέοντος φιλοσόφου εἰς τὴν ὠρμαίαν*⁶¹. De igual manera, son atribuidas a León unas líneas dentro de un texto de Juan de Lido (*περὶ ἡλιακῆς ἐκλείψεως τῆς ἐν τῷ βασιλικῷ τριγώνῳ τοῦ σοφωτάτου Λέοντος*)⁶².

Por último, hay algunas obras que la tradición ha hecho llegar hasta nosotros bajo la autoría de León el Sabio y que, por los motivos que explicaremos a continuación, podrían ser consideradas de León el Filósofo. Sin embargo, no hay ningún elemento que ofrezca totales garantías y que confirme tal hipótesis⁶³.

Como ya advertimos en nuestra introducción, uno de los principales problemas que ha venido planteando el estudio de la obra de León el Filósofo es la dificultad a la hora de identificar los escritos propiamente realizados por el erudito. Dos cuestiones entorpecen esta labor: de un lado, la naturaleza misma de los textos, en su gran mayoría, de contenido astrológico, mágico, adivinatorio, un terreno en el que ya de por sí la transmisión textual de los escritos suele ser bastante compleja, plagada de falsas atribuciones, obras anónimas, versiones distintas de un mismo tema, interpolaciones, etc.; del otro, la tradicional confusión que nuestro autor ha sufrido con sus homónimos el Emperador León VI el Sabio y el erudito León Querosfactes, alumno suyo.

En cuanto a las dificultades provocadas por la naturaleza misma de los escritos, poco se puede hacer más que examinar con total atención los textos e intentar proponer una autoría a la luz del estudio de aquellos elementos externos (paleográficos, literarios, históricos, etc.), que pudieran ayudarnos en nuestro cometido. Por su parte, la segunda traba, la que afecta de forma específica a la confusión de nuestro autor con autores homónimos, ha sido

⁵⁸ Cf. edición en *Archiv für slavische Philologie* 25 (1903), p. 245.

⁵⁹ Cf. *Laurent. Gr.* 86,14, f. 28v; *Cantabrig.* R.15.36, ff. 4v-7; *Scorial.* Φ.II.14, ff. 44v-45r; *Bonon. Bibl. Univ.* 2280, f. 284v y *Berolin. Gr.* 75, ff. 1r-4v.

⁶⁰ Cf. ms. *Mediolan. A 56 Sup.*, f. 1ss.

⁶¹ Cf. *Laurent. Gr.* 2834, f. 83v. Cf. edición en *CCAG* I: 139.

⁶² Cf. edición en *CCAG* VII: 150-151.

⁶³ Entre ellas destacan un escrito sobre los terremotos, editado en *CCAG* VII: 167-171, atribuido a León el Sabio, y del que también se dice que no sería más que una paráfrasis del poema homónimo de Hermes Trismegisto u Orfeo, o unos cálculos sobre el día en que morirá el enfermo, editados en BAUTISTA RUIZ (2003): 277.

ya analizada por varios especialistas. Entre ellos, nos gustaría señalar las conclusiones a las que ha llegado C. Mango⁶⁴. Advierte la abundancia de manuscritos astrológicos y apócrifos en los que aparece gran cantidad de opúsculos atribuidos, a simple vista de manera indistinta, a León “el Sabio”, “el Filósofo” o “el Emperador”. Como quiera que tanto el Filósofo como el Emperador gozaron de una gran fama y recibieron ambos el apelativo de “sabio” ya en vida, la confusión estaba servida. Existía, además, una práctica relativamente habitual en la tradición manuscrita consistente en atribuir ciertos escritos a personajes o nombres que dotasen de autoridad el mismo. Conocida la afición de León el Filósofo por la astrología, entendida como ciencia tanto como método de adivinación, y la afición del emperador (886-912), aunque en muchísima menor escala, a cuestiones esotéricas y mágicas, se puede explicar que un importante número de escritos, en principio obra del Filósofo, pudiesen ser atribuidos al emperador, sin duda mucho más ilustre. Se ayudaba así a engrandecer la figura del dirigente⁶⁵. Prueba de ello sería, según advierte Mango, la aparición del apelativo “el Emperador” sólo en códices tardíos, época en la que se habría difuminado la fama de León el Filósofo y engrandecido la del Emperador, entre otras cosas, más reciente en el tiempo⁶⁶.

3. CONCLUSIONES

Ha quedado demostrado, pensamos, la vigencia que las prácticas astrológicas y adivinatorias tuvieron en Bizancio durante los siglos VIII y IX, pese a la, sobre el papel, oposición frontal por parte de la doctrina ortodoxa. En efecto, en pleno conflicto ideológico sobre la posibilidad o no de la representación de imágenes sagradas, el saber científico logró hacerse un hueco en la cultura bizantina, impulsado especialmente por representantes del bando iconoclasta como Juan el Gramático y León el Filósofo y consolidado ya al final del conflicto con la inauguración por parte del iconodulo César Bardas de la Escuela Universitaria de la Magnaura, verdadero antecedente del llamado “renacimiento cultural macedonio”.

Contamos con suficientes testimonios que confirman la importancia que desde el poder se le dio a la astrología, empezando por la existencia de la figura del astrólogo de Corte desde finales del siglo VIII. Asimismo, sabemos

⁶⁴ MANGO (1984).

⁶⁵ Sobre estos textos oraculares, cf. I. PÉREZ MARTÍN-A. BRAVO GARCÍA (2003).

⁶⁶ Cf. MANGO (1984): 90-93.

del interés árabe por esta disciplina, reflejado en una serie de historias legendarias, pero también confirmado por otros hechos bien documentados, como los viajes a la corte de Bagdad de varios sabios bizantinos bajo el califato abasí, especialmente durante los períodos de poder iconoclasta, muestra del intercambio cultural al que asistimos en estas décadas, casi siempre con el conocimiento científico y astrológico de trasfondo.

En medio de este ambiente surgió la figura de León el Filósofo, un autodidacta que tuvo que viajar y recorrer monasterios en busca de manuscritos donde adquirir los conocimientos científicos por los que se interesó y que, gracias a su valía, alcanzó altos cargos religiosos y docentes. Su mérito aumenta si, como hemos visto, advertimos que dirigentes de ambas facciones del conflicto contaron con él. Estamos, sin duda, frente a una de las personalidades más importantes de su época en el ámbito cultural y un personaje decisivo en el estudio de las ciencias en Bizancio. Gran aficionado a la astrología y las artes adivinatorias, la tradición le ha atribuido un considerable número de escritos de tales contenidos.

Hilario BAUTISTA RUIZ

C/ Yecla, 9 (Conjunto Viña Rocío)
29740 TORRE DEL MAR (Málaga, España)
hilariobautista@hotmail.com

BIBLIOGRAFÍA

- ANASTOS, M. (1979), «Ὁ Λέων ὁ Φιλόσοφος ἢ ὁ Μαθηματικός», *Ἱστορία τοῦ Ἑλληνικοῦ Ἔθνους*, vol. VIII, pp. 267-269.
- ANGÉLIDI, C. (1998), «Le séjour de Léon le Mathématicien à Andros: réalité ou confusion», *EYΨΥΧΙΑ. Mélanges offerts à Hélène Abrweiler* [Byzantina Sorbonensia 16], Paris, vol. 1, pp. 1-7.
- BAKHOUCHE, B. (2002), *L'Astrologie à Rome*, Leuven.
- BALDWIN, B. (1990), «The Epigrams of Leo the Philosopher», *BMGS* 14, 1-17.

- BAUTISTA RUIZ, H. (2003), «*Codex Vaticanus Graecus* 952. Descripción del contenido astrológico, edición y traducción de sus fragmentos inéditos», *MHNH* 3, 267-290.
- CCAG: *Catalogus Codicum Astrologorum Graecorum*, 12 vols., Bruxelles 1898-1953.
- CRAMER, F. H. (1954), *Astrology in Roman Law and Politics*, Philadelphia (reimpr. 1996).
- FONKIĆ, B. (2005), «The Venetian Manuscript of Ptolemy's Almagest (*Marc. Gr.* 313 / 690): Date and origin of the codex», *Vestnik drevnei istorii* 3, 162-167.
- HUNGER, H. (1978), *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, Band II: Philologie-Profandichtung-Musik-Mathematik and Astronomie-Naturwissenschaften-Medizin-Kriegswissenschaft-Rechtswissenschaft, München.
- KATZAROS, V. (1993), «Leo the Mathematician, his Literary Presence in Byzantium during the 9th Century», in: P. L. BUTZER-D. LOHRMANN (EDS.), *Science in Western and Eastern Civilization in Carolingian Times*, Basel, pp. 383-398.
- LAURENT, V. (1964), «Une homélie inédite de l'archevêque de Thessalonique Léon le philosophe sur l'Annonciation (25 mars 842)», en: *Mélanges Eugène Tisserant*, vol. II: Orient Chrétien, première partie [ST 232], Città del Vaticano, pp. 281-302.
- LEMERLE, P. (1971), *Le premier humanisme byzantin*, Paris (trad. inglesa: *Byzantine Humanism, the First Phase: notes and remarks on education and culture in Byzantium from its origins to the 10th century*, Camberra: Australian Association for Byzantines Studies, 1986).
- MAGDALINO, P. (1998), «The Road to Bagdad in the Thought-World of ninth-century Byzantium», in: L. BRUBAKER (ED.), *Byzantium in the ninth century: dead or alive?*, Ashgate Publishing [Society for the Promotion of Byzantine Studies, 5], pp. 195-213.
- (2002), «The Byzantine Reception of Classical Astrology», in: C. HOLMES-J. WARING (EDS.), *Literacy, education and manuscript transmission in Byzantium and beyond*, Leiden-Boston-Colonia: Brill [The medieval Mediterranean. Peoples, economies and cultures, 400-1500, vol. 42], pp. 33-57.
- (2006), *L'orthodoxie des astrologues. La science entre le dogme et la divination à Byzance (VII^e-XIV^e siècle)*, Paris: Lethielleux [Réalités byzantines, 12].
- The Oxford Dictionary of Byzantium*, Oxford Univ. Press, 1991.
- PATON, W. R. (1969), *The Greek Anthology in five Volumes (with an English Translation)*, London: Loeb Class. Library, 1969.

- PÉREZ MARTÍN, I.-BRAVO GARCÍA, A. (2003), «Los *Oracula Leonis* entre Oriente y Occidente. A propósito del *Escorialensis Y.I.16* y otros códices copiados por Manuel Malaxós», en: P. BÁDENAS DE LA PEÑA-I. PÉREZ MARTÍN (EDS.), *Constantinopla 1453: mitos y realidades*, Madrid: CSIC [Nueva Roma, 19], pp. 421-468.
- PINGREE, D. (1973), «Leo the Mathematician», *Dictionary of Scientific Biography*, vol. VIII, New York.
- (1989), «Classical and Byzantine Astrology in Sassanian Persia», *DOP* 43, 227-239.
- REYNOLDS, L. D.-WILSON, N. G. (1991), *Scribes and Scholars: a Guide to the Transmission of Greek and Latin Literature*, Oxford.
- SIGNES CODONER, J. (1996), «La diplomacia del libro en Bizancio. Algunas reflexiones en torno a la posible entrega de libros griegos a los árabes en los siglos VIII-X», *Scrittura e Civiltà* 20, 153-187.
- (2002), «Helenos y romanos: la cultura bizantina y el Islam en el siglo IX», *Byzantion* 72/2, 404-448.
- SPECK, P. (2003), «Further Reflections and Inquiries on the Origins of the Byzantine Renaissance with a Supplement: The Traer Ivory and other Uncertainties», in: IDEM, *Understanding Byzantium*, Variorum Collected Studies Series, pp. 179-204.
- TIHON, A. (1993), «L'astronomie à Byzance à l'époque iconoclaste (VIII^e-IX^e siècles)», en: P. L. BUTZER-D. LOHRMANN (EDS.), *Science in Western and Eastern Civilization in Carolingian Times*, Basel, pp. 181-203.
- WESTERINK, L. G. (1986), «Leo the Philosopher: Job and Other Poems», *Illinois Classical Studies* 11, pp. 193-222.
- WILSON, N. G. (1994), *Filólogos bizantinos: vida intelectual y educación en Bizancio* [versión española de: *Scholars of Byzantium*, London 1983, de A. Cánovas y F. Piñero], Madrid: Alianza Ed.
- (1973), «Three Byzantine Scribes. I. Leo the Philosopher and his Text of Ptolemy», *GRBS* 14, p. 223.